

X JOSE RAFAEL BUSTAMANTE

X FILOSOFIA DE LA LIBERTAD



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

FILOSOFIA DE LA LIBERTAD (*)

ISAGOGE

Para los políticos, la libertad no existe. Ellos ven, sienten, comprenden y viven tan sólo la autoridad, el poder, el gobierno; y de la autoridad, la función de imponer, de mandar, de compeler. Difícilmente intuyen el principio moral de unidad, de armonía, de síntesis que informa toda autoridad y que constituye su elemento esencial. Unidad, armonía y síntesis que implican lo vario y lo fecundo, en vez de ahogarlos o excluírlos y que presuponen, por tanto, el principio o raíz de la libertad que no es sino el hecho absoluto de la esencial variedad del ser y la vida.

Filosofemos. Es necesario que filosofemos. Los políticos no entienden de filosofías; abominan de la filosofía, de las ideas, del idealismo, como abominan de la libertad, porque la libertad y el espíritu, la libertad y el pensamiento son una misma cosa. Los políticos se ríen de la filosofía, porque quizá, lo dijo Alas, la filosofía no sirve para cazar moscas y los políticos sólo gustan de tejer telarañas para que caigan en ellas los incautos. Los políticos encuentran en las ideas el gran escollo para su acción y su ambición; de ahí que se irritan cuando alguien piensa. Y los que gustamos de pensar, miramos a los políticos con cierta inquietud, porque, ellos, hombres prácticos, hombres de voluntad, dueños de la fuerza, de esa fuerza que domina en el mundo, pero que no pue-

(*) Hónrase nuestra revista con la publicación de las primeras páginas de esta obra de filosofía, de apasionante y depurado estilo, que su autor, Don José Rafael Bustamante, la ha mantenido inédita desde hace algunos lustros.

de ahogar el pensamiento humano, arrollan fácilmente la débil resistencia del tímido y rudimentario poder moral. Los políticos mandan, oprimen, tiranizan, disponen de todo y de todos. Pero el poder del pensamiento crea una fuerza altiva que se alza contra el imperio y levanta en las almas el afán infatigable, el anhelo infinito de libertad. Vano quizá como el movimiento del mar y la agitación de las olas pero, como ellos, perenne, inextinguible, eterno. Dejémosles, pues, reír, reír como zotes o sonreír ladinos y seguros de sí mismos, dejémosles erguirse inflados de vanidad o de autoridad. Unamuno y Blasco Ibáñez saben de la risa y el poderío de Primo de Rivera, así como éste siente cómo azotan el rostro el ludibrio y el desprecio del mundo entero, de este mundo moral y libre que los políticos no quieren conocer.

El político es, en la historia, el hombre que ansía frenéticamente el poder y la autoridad por el sólo placer de gobernar a los demás y que quiere ensanchar y engrandecer esa función, achicando la facultad de gobierno propio de los individuos y de los pueblos, so pretexto de labrar la felicidad de éstos a título de tutor, providencia o representante de Dios o de la sociedad, encargado de mirar por el bien común y los intereses colectivos. El político tiende a robustecer la autoridad, gobierno de otro, en mengua de la libertad, gobierno propio, sin darse cuenta de que el gobierno ajeno supone la incapacidad del propio gobierno y en tanto es necesario en cuanto esa incapacidad exista; pero, comprendiendo el imperativo de capacitar a los hombres para la regencia propia de su vida, se comprende que el progreso y el perfeccionamiento humano han de consistir en fortalecer y desenvolver la personalidad para que, consciente de su destino y de sus fines, cada día haya menester menos de ajena dirección, de impulso externo, de moción de fuera, consiguiendo así reducir cada vez más el papel de la autoridad y estimular los principios creadores y fecundos de la libertad individual.

La pasión política, tan feroz, tan impía, que ha regado de crímenes el campo de la historia, se explica de esta suerte, porque es pasión de dominación, de imperio, de sojuzgamiento de los otros para tener, en el mejor de los casos, la gloria de que el bien de los otros, no lo deban ellos a sí mismos, a su esfuerzo y cooperación, a su mancomunada labor, sino a la preponderante influencia del que gobierna.

El político es un dominador, esto es, un hombre que toma a la realidad humana como a la realidad bruta y preten-

de ordenarla como se modela, plasma y esculpe la cera dócil, el barro pasivo, el mármol inerte que reciben la impronta imperiosa de la mano y la idea del artista sin más resistencia que la que, ciega, opone la materia muerta. Hombre de acción, en el afán de triunfar y de hacer, confunde miserablemente las cosas, las bestias y las almas aplicando iguales procedimientos para obrar sobre las unas y las otras y considera el dominio de sus semejantes igual al de la naturaleza y como el modelo de la actividad fecunda y útil. Quiere olvidar que la relación social es comunicación de seres vivos y conscientes, correspondencia de voluntades, influencia recíproca de ideas y que, por consiguiente, el único legítimo y fecundo ejercicio de una superioridad cualquiera, el sólo aceptable tutelaje consiste en ayudar y facilitar el desenvolvimiento del fondo dinámico, original y propio que cada ser humano atesora para que éste vaya adquiriendo la auto-dirección, la autarquía. En otras palabras, el político desconoce o desatiende su deber de educador, dejándose absorber por la función coercitiva y de imperio, que satisface su orgullo de dominador y que, en lugar de preparar la emancipación del gobernado, como hace todo recto y leal tutelaje, o, por lo menos, fomentar su creciente aptitud para regir su vida, tiende a sepultar en la sumisión y pasividad, en la anulación de la personalidad propia, a los hombres y los pueblos. Y esto desde arriba o desde abajo, en el gobierno o en la revolución, ya que su mira, su ambición, están siempre en conservar el poder o alcanzar el poder para disfrutar el goce de imponer al grupo social su cuño, su sello y su ley.

Filosofemos a despecho de los políticos, por encima de ellos, por sobre su ciencia práctica, al través de su telaraña y sus telarañas: la telaraña que les cubre los ojos y las telarañas que urden para cazar moscas. Metámosles por el rostro la luz de las ideas para que, si la función crea el órgano, la luz de las ideas, azotándoles la faz, haga el milagro de brotarles ojos.

Entre la libertad y la autoridad no hay oposición radical como pudiera creerse. No son términos antitéticos o irreconciliables. La libertad y la autoridad representan dos principios, dos esencias que integran toda vida y toda realidad. Lo uno y lo diverso. Lo uno que se multiplica y diversifica, sopeña de volverse esterilidad, parálisis, anemia. Lo diverso, que ha de volver a lo uno, que ha de ordenarse y abrazarse, si no quiere convertirse en caos, oposición, lucha y muerte, si no

ha de tornarse en unidad disuelta, atómica, pobre y abandonada. Fecundo es lo uno que se diversifica. Fecundo lo vario que se une. Estéril es lo uno que mata la raíz de lo diverso. Estéril es lo diverso que aísla. Casi son términos y conceptos convertibles e idénticos.

Pero entre la libertad y la fuerza, hablamos de la fuerza material, de la fuerza física, de la fuerza bruta, no hay conciliación posible. La libertad es principio interno, poder interior, valor espiritual. La fuerza es poder de fuera, acción exterior, que la sentimos ajena a nuestro yo, a nuestro centro consciente y voluntario; ella obra sobre el fundamento físico de nuestra vida —y de ahí su enorme y decisivo poder— sin llegar a penetrar nuestro pensamiento y volición. La libertad es el espíritu mismo, la espontaneidad creadora del espíritu mismo, y es entonces la fuente de lo diverso; pero al mismo tiempo es lo diverso unificable, armonizable, penetrable por la vía del espíritu, ya que, de lo contrario, tornaría en fuerza material, acción ciega que divide y destruye. La libertad es la aspiración a remover todo límite, la aspiración a lo infinito. La fuerza es creadora de límites, porque disgrega y separa los espíritus, porque límite es la realidad que está fuera de nosotros y que apenas tiene con nosotros relación de causalidad mecánica y material, relación de exterioridad, sirviendo de obstáculo a nuestra acción libre.

Debemos explicarnos. Los políticos pondrán ya el ojo alerta ante estas metafísicas estériles y fantásticas para ellos. He ahí el idealista, el utópico, el soñador, habrán de murmurar. No escribimos para ellos; jamás pondremos letra que sea para ellos. Estas margaritas del pensamiento no son para esa gente cerril y hedionda que dijo un escritor español; producto de esa necesidad vil de las Repúblicas. Buscamos las almas diáfanas que no entenebreció el furor de la lucha, la ceguera del odio, la estupidez del fanatismo. Siempre fué pura y de naturaleza delicada la luz de las ideas, de las ideas altas y generosas; no puede difundirse al través de masas densas y opacas; vibra, brilla, vuela en el horizonte abierto, en el aire delgado y sutil, en el éter imponderable.

Malos vientos corren para la libertad. La dictadura rusa, el fascismo italiano, el nazismo alemán, las ridículas tiranías de América van ahogándola con decisión y menosprecio manifiesto. Y en las doctrinas y los conceptos, el valor de la libertad se reduce y desvanece. La libertad no es un fin, no es un derecho dicen. Esta partícula del individuo es ina-

preciable; sólo vale como parte del todo social y en cuanto sirve para los fines de éste. El Estado tiende a convertirse en entidad absoluta, fin en sí, encarnación de la idea universal de Hegel; y ante este poder, económico y político al propio tiempo, poder formidable, sin precedentes, derechos y libertades van reduciéndose a su mínima expresión. La sociología se vuelve la teología moderna y hace de una nueva entidad metafísica el principio de toda causalidad y el sujeto de todo derecho y, desconociendo el valor individual, asigna al hombre todos los deberes y obligaciones. Y el liberalismo, que siempre tuvo en la libertad su magnífica y brillante esencia, palidece, se demuda, se disfraza con caretas vergonzantes.

Salgamos por los fueros de la libertad. Digamos que el concepto de ella es indestructible porque se enlaza con las más grandes y trascendentales ideas. Digamos que ella es el más profundo anhelo del hombre porque arranca del fondo mismo de su naturaleza. Y veamos en las nuevas doctrinas, en las nuevas teorías, en esta tumultuosa agitación contemporánea el sentimiento de ella, vibrante, vivificador, inquieto, buscando nuevas posibilidades, nuevos horizontes, ofuscando quizá con su ardor las mentes y los corazones, extrañándose acaso en el generoso deseo de extenderse a todos y redimir a todos, de valerse del poder social y la fuerza de la autoridad para romper las ligaduras que encadenan a infinidad de seres humanos, esclavos de la miseria, siervos de la gleba, instrumentos de trabajo bruto, a quienes está vedada la vida del espíritu. Y al encontrar el fervor de la libertad como el principio animador del inmenso movimiento que se levanta en todas partes, inspirémonos en ella, en la idea de ella, en el sentimiento de ella para señalar los peligros de las nuevas concepciones sociales, de los nuevos ensueños humanos, de los nuevos fanatismos, de las nuevas revoluciones, en cuyo arrebatado oleaje puede encontrar de nuevo la libertad el naufragio y la muerte.

Este libro tiene tal propósito y será un pequeño haz de sugerencias para hacer ver o intuir el valor fundamental e innegable de la libertad, para mostrarla latiendo e irradiando en cada conciencia humana, para señalarla como el fin de la organización social y política y del régimen jurídico. Este libro quiere exaltar la doctrina liberal, tan venida a menos, combatida por todos los flancos, buscando sus raíces filosóficas, mirándola a la luz de la Biología, la Psicología, las

ciencias sociales y políticas, confrontándola con las tendencias que la combaten y niegan.

Libro, más de intuiciones que de demostraciones, porque cree con W. James que al principio era el hecho, que el hecho es un dato primitivo, que toda otra manipulación conceptual no viene sino después y que, respecto de este primer dato, el conocimiento conceptual no es sino un sucedáneo, siempre inadecuado, jamás un perfecto equivalente; porque piensa con Bergson que los conceptos y los sistemas son símbolos, signos convencionales, construcciones artificiosas, moldes duros y rígidos, formas sólidas y pétreas que exigen un aliento intuitivo, un fluído vital para que ayuden, y no estorben, en el acceso a la verdad; porque juzga que la realidad se ve y se experimenta y se vive primero, para pensarla e **intelectualizarla** después mediante la formación analítica de los esquemas, y construir luego la síntesis racional, que no basta, que no satisface mientras nuevas iluminaciones intuitivas no la animen y vivifiquen, llegando a generar el convencimiento y la certeza.

Libro de filosofía un tanto vitalista en el sentido de que pone el hecho de la existencia, el hecho vital, el hecho de la experiencia sentida y vivida, el hecho cambiante y continuo, uno y múltiple como punto de donde se parte y a donde se vuelve en todo peregrinaje científico y en todo vuelo filosófico, lo que quiere decir que el hecho, en última e inapelable instancia, en su intuición primera y última, es lo absoluto en la realidad y el conocimiento, y que la razón y la ciencia, arrancando de la experiencia inmediata, no hacen sino preparar el campo a adivinaciones, atisbos, presentimientos que aspiran a ser intuiciones superiores, totalizadoras y definitivas. El fondo y la médula de la realidad, la pulsación y palpitation de la vida son irracionales por su esencial e irreductible variedad y por vías de pura razón no puede alcanzarse eso mismo que la razón persigue: la síntesis última y cabal.

Por todo lo que las páginas siguientes, dando toda su importancia al razonamiento y la demostración científica, procurarán que al través de ellos, circule un fluído de emoción que, vivificándolos, haga posible conseguir el objeto supremo de este libro: alumbrar la intuición de la libertad.

FENOMENOLOGIA

Sentimos la libertad como un poder interno, que quiere desenvolverse sin obstáculos; como una fuerza propia que se contrapone a las fuerzas extrañas; como la aspiración a desarrollar nuestra actividad sin presión ajena, en virtud tan sólo de estímulos interiores, de móviles que obren dentro de nuestra voluntad, en íntima compenetración con ella. "Poder hacer lo que se quiere, dijo Schopenhauer, es el concepto popular y corriente de la libertad". Y con él lo han dicho muchos otros filósofos y hombres de ciencia. En efecto, cuando podemos hacer lo que queremos, nos sentimos libres, ya que lo que buscamos en la libertad es la realización de nuestro querer. Si pudiésemos hacer todo lo que deseamos, si nos fuese dable realizar todo lo que anhelamos, plena sería nuestra libertad y satisfacción. "El objeto de mi libertad, dijo Aristóteles, es lo que está en mi poder hacer o no hacer". Este poder es indispensable para poder hacer lo que se quiere. Porque sin él el hacer no podría seguir al querer en sus distintas decisiones. Entedemos aquí el querer en su sentido amplio, que envuelve todo deseo y apetencia, que es el aspecto dinamogénico de nuestro yo, el nervio mismo de nuestra personalidad, lo que, abarcando y armonizando las diferentes tendencias, impulsos y anhelos, adquiere el valor de expresión misma de nuestro ser profundo y total. El querer, la función psíquica de la voluntad, es la raíz de nuestra acción, la fuente de nuestros actos, la génesis de nuestra actividad. Si nuestra acción queda trunca, si hay algo que la estorbe, si hay impotencia de obrar, nuestra voluntad está mutila porque la acción es su prolongación, desarrollo y efecto natural. Y si ella no responde a nuestro íntimo y sintético sentir, si no es el eco y la resonancia de nuestro verdadero y auténtico modo de ser y pensar, si se ve obligada a obedecer a extraña sugestión, a subrepticia influencia o despótica autoridad, el querer no es propiamente nuestro querer. Y aún prescindiendo de la controversia filosófica acerca del primado de las funciones psíquicas, del intelecto o la voluntad, se puede asegurar que el yo, la persona, el ser propio no está acabado ni completo mientras no se quiere y obra. Ya asentó Fichte metafísicamente que lo primitivo no era el ser sino el obrar. Vivimos en un mundo en que la acción se impone, en que la vida no puede sostenerse sin permanente esfuerzo, en que la función y el órgano son elementos indispensables. Precisamente porqu es

un mundo de relación, de acciones y reacciones entre diferentes fuerzas, nada puede vivir sin obrar, sin expresar su interioridad, sin decir lo que es y lo que quiere. El pensamiento mismo, la idea misma, ya es una fuerza que tiende a realizarse, que lleva implícita la voluntad de pasar a la acción. Y pensamiento y voluntad nos dan a luz, nos revelan, muestran lo que somos. La libertad consiste en la conformidad con la esencia, en ser completamente uno mismo, en obrar de acuerdo consigo mismo, han dicho muchos filósofos, entre ellos Kant, Fichte, Espinoza, Bergson. Lo que queremos es desenvolvernos, dar desahogo a la fuerza tensa que nos constituye, llevar al acto nuestro deseo, nuestra idea, nuestro poder, nuestra originalidad, nuestro yo. Si no lo podemos somos, nos sentimos un ser cohibido, sujeto, impotente, esclavo, postizo, falsificado, otro.

Nuestra vida es eso: una tendencia, una aspiración que quiere realizarse y satisfacerse, una potencia que quiere obrar, que rechaza lo que a ello se opone, que lucha con las dificultades, que se muestra ansiosa y necesitada de algo y se esfuerza en conseguirlo. Vida que no es eso no es vida. Vida que no es una actividad, una dirección, un sentido, una expansión orientada, no es vida. Vida es, han dicho los biólogos, asimilación funcional, crecimiento, síntesis orgánica, actividad creadora y, en cierto sentido, también lucha con el medio. La libertad resulta así un querer vital, que repulsa los obstáculos y busca su acción y realización. Pero es precisamente porque hay obstáculos que cabe hablar de libertad. Si no hubiese una fuerza externa que se opusiese a la fuerza interna, una dualidad, una oposición, posibilidad de tendencias contrapuestas, de movimientos contrarios, no sería la libertad un conflicto y, por lo tanto, un problema. Es menester, pues, determinar lo que sean lo interno y lo externo.

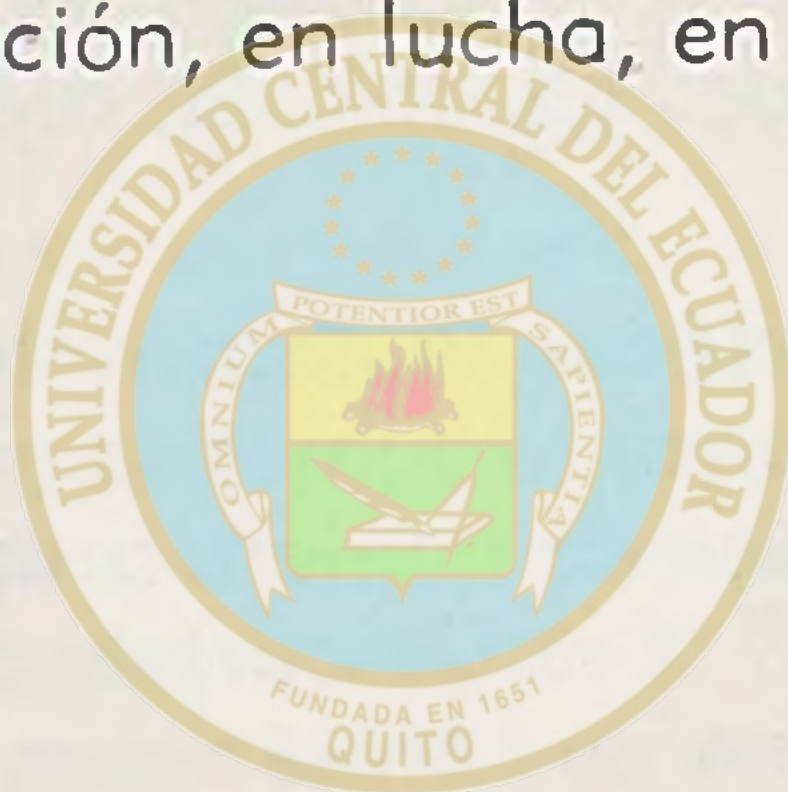
Lo interno es lo que emana del fondo de nuestro yo, del núcleo de nuestra personalidad, lo que sentimos como el centro unificador de todas nuestras vivencias, esto es, las sensaciones, representaciones, pensamientos, sentimientos, voliciones que se suceden en nuestra conciencia, centro a donde llegan en sentido centrípeto, las excitaciones e influencias que vienen de fuera y de donde parten, en sentido centrífugo, los impulsos y movimientos dados por nosotros. Ese principio de unidad, de continuidad, de orden que, mediante la conciencia, está presente en nosotros y fusiona y sintetiza, organiza y coordina, enlaza y compenetra la pluralidad de

vivencias y actos que sentimos como propios, constituye nuestro yo, lo subjetivo, el fundamento de nuestro ser.

Pero en el mismo ser interno hay dos órdenes de fenómenos o representaciones, claramente diferenciados: el que corresponde a nuestra voluntad y está sujeto a su dominio, a su poder causal; y el que corresponde a algo que está fuera de la voluntad, que la resiste, que la limita, que la contrarresta. He ahí lo interno y externo, lo que depende de nosotros y lo que no depende, lo que en nosotros es activo y lo que es pasivo. Es la dualidad fundamental de nuestro espíritu, que atañe tanto al problema del conocimiento como al problema de la voluntad. Todo está en cierto sentido en nuestro yo, todo es en cierto modo representación nuestra, y, no obstante, la dualidad no es menos verdadera dentro de nosotros, presentándose irreductible y engendrando todos los conflictos, todas las dificultades, todos los dolores, todo el drama y tragedia de la vida.

A poco que la conciencia se desarrolle y aclare, la distinción entre el yo y el no yo, lo subjetivo y lo objetivo, lo interno y lo externo, se dibuja de manera precisa y terminante. "Yo pienso, luego existo" dijo Descartes, pero los filósofos modernos están acordes en que en el mismo acto de pensar, en el mismo hecho de conciencia intuimos la existencia del yo y del no yo. Cuando pienso, pienso en algo distinto del pensamiento. No hay pensamiento sin objeto, y el objeto no es inmanente al pensamiento; le es trascendente. Cuando sufro, mi voluntad no quiere el dolor, que le es opuesto, que se le impone, que es su contrario. "En el **yo pienso**, dice Fouillé, el sujeto tiene un **complemento** necesario, muy desdeñado por Descartes: el **objeto** pensado. No es posible pensar, sin pensar en algo. No es posible tener conciencia de una manera indeterminada, y sin tener conciencia de alguna cosa distinta. Kant y Fichte, restablecieron este elemento, haciendo ver que el yo no se pone "más que oponiéndose al no-yo". Pero nosotros tomamos aquí esta verdad en un sentido estrictamente experimental y científico, no en un sentido metafísico o crítico. Y observa asimismo que "en el primer momento, el niño o el animal, encuentran en sí mismos: **el mismo querer o el mismo deseo con unas mismas modificaciones agradables**; en el segundo momento, encuentran; **el mismo querer o el mismo deseo con otras modificaciones desagradables**, lo cual les proporciona la conciencia del **mismo** y del **otro**".

Corresponda o no esta experiencia primitiva e inquebrantable, esta intuición primordial, inmediata y espontánea a la realidad de las cosas, tenga o no tenga valor trascendental y objetivo, lo cierto es que no podemos pensar, querer, ni obrar ni movernos sin que esa clara, incuestionable distinción se nos imponga a la conciencia y sea el eje de nuestra vida. Yo y el mundo exterior, yo y las cosas, yo y la naturaleza, yo y los demás hombres es la vivencia latente que está animando todo nuestro sentir, todas nuestras representaciones, todos nuestros actos. Aún en el **solipsismo** puro, cuando se considera que lo único cierto es el hecho de conciencia y se niega o se duda de lo real, de la cosa en sí, del otro yo en sí, en el hecho mismo de conciencia está presente la dualidad irreductible. Si sólo es cierto el hecho de conciencia, no es menos cierto que lo que yo quiero y lo que yo no quiero están allí en oposición, en lucha, en inevitable contienda.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL